Epoca IV — Barcelona 2 de junio de 1915 — Número 260

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.°

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

¿Caminamos a la intervención?

Todos los deseos de paz son ahogados por las ansias de dominación de las grandes potencias que, de manera innoble, se han propuesto ensanchar sus dominios, aprovechando la debilidad de las pequeñas.

Fué primero Austria, que siempre se había mostrado *respetuosa* con sus rivales, quien, con un falso pretexto, pretendió sojuzgar a Serbia, dando ocasión al conflicto europeo que tantos millares de vidas está costando a la humanidad. Desde aquel momento no hay nación que se crea segura. Todas temen ser víctimas de la rapiña de las otras.

Puede decirse que desde que la fuerza bruta impera, la diplomacia europea se ha convertido en una especie de sucursal de José María *el Tempranillo* o de Diego Corrientes. Todo prestigio de dignidad ha desaparecido.

No provocará la intervención de nuevas naciones en el conflicto guerrero, ni la barbarie inglesa declarando que hará morir de hambre a toda la población civil alemana (incluyendo mujeres y niños), ni la salvajada germana torpedeando barcos completamente indefensos. El humanitarismo ha desaparecido, tanto en las naciones beligerantes como en las que permanecen neutrales... hasta que vean seguridad de lucrarse con su intervención. Y ante esta desaprensión, ante este criminal egoísmo, vemos disiparse la única esperanza de paz que abrigan hasta las clases conservadoras: el agotamiento de los beligerantes.

Esta esperanza la ha hecho desvanecer Italia con su intervención, llevando al campo de la muerte un ejército de refresco, sin otro objeto que apoderarse de territorios que hoy posee Austria y que antes había arrebatado esta nación a Italia. El bandidaje mutuo está a la orden del día, y no dudamos que en las cancillerías de las naciones *aún* neutrales se estén fraguando planes, esperando la ocasión propicia para lanzarse al pillaje, siquiera lo revistan hipócritamente con los nombres de "amor patriótico" y "dignidad nacional".

Contra todos nuestros deseos y hasta contra todas nuestras esperanzas la guerra tiende a prolongarse, porque el agotamiento esperado no se ve en perspectiva, y ayer Turquía, hoy Italia y mañana otra nación que pretenda imitar al cuervo para aprovecharse de los despojos, traerán nuevos elementos que harán interminable la contienda.

¡Pues qué! ¿Acaso no abundan en todos los pueblos aventureros sin conciencia y comerciantes que ansían la guerra para enriquecerse a costa de la desolación y ruina de la patria que dicen amar? ¿No vemos actualmente a un político español que, después de haber prostituido la fe que en su ideal tenían los revolucionarios españoles, enriqueciéndose él, mientras los que le creían sacrificaban su vida y su libertad, propaga cínicamente la intervención de España en el conflicto guerrero? ¿Qué se propone tan nefasto hombre?

Afortunadamente sus *interesados* llamamientos caen en el vacío; pero estamos seguros de que si en las puertas a que llama fuera contestado en sentido favorable, aún quedaría el rabo por desollar. Al pueblo español, mejor dicho, a una parte de él, pudo engañarlo, desviándolo del camino revolucionario, para convertirlo en confeccionador de concejales y diputados; pero no logrará conseguir una movilización guerrera sin que vaya acompañada de otra movilización que dé fin a la era de los políticos rufianes y ambiciosos.

No creemos en la sinceridad de Lerroux cuando afirma que la intervención es favorable a los intereses de España; más bien creemos que, al iniciar tal propaganda, lo hizo con miras al haber de sus libros de Caja; pero si nos engañáramos, si fuera su amor a la causa de la civilización y de la libertad el que le inspira y cree que ésta la representan los aliados, de el ejemplo, e imitando al hijo de Garibaldi, préstele su concurso personal luchando por la libertad en los sitios donde se cree que peligra, o promueva una agitación entre el pueblo para que ello tenga carácter popular; pero no pida que sea el gobierno quien declare la intervención para que, contra su voluntad, vaya a morir o dejarse matar la juventud, que es más necesaria para el fomento de la industria y de la agricultura.

Pero no es eso lo que desea Lerroux. Quiere la intervención *oficial* para él librarse del peligro de la lucha alegando que su puesto como diputado es el Congreso, justificando el nombre de Capitán Araña, con que generalmente se le conoce.

Nosotros contrarrestaremos toda campaña que tienda a que España intervenga en la guerra, y si a pesar de ello no pudiéramos impedirlo, no sería sin antes haber arriesgado cuanto sea preciso arriesgar.

Y en cuanto al actual conflicto, no vemos otra manera de terminarlo pronto que provocando una insurrección en los combatientes o un fuerte movimiento en los no combatientes de los pueblos en guerra. Difícil es ello, pero no por difícil ha de abandonarse la idea, que constituye uno de los acuerdos del Congreso Internacional de la Paz recientemente celebrado en el Ferrol.

Etica anarquista

Se necesita ser fuerte para seguir por la senda de las ideas anarquistas esta mísera vida de injusticias y aberraciones y es propio de corazones envejecidos acomodarse a los exclusivismos de las formas políticas, buscando el aplauso de la opinión general.

La anarquía es fundamento de vida fecunda, extensiva y consciente; no se aviene con la rutina, ni se moldea con la caducidad intelectual, sino que tiende siempre a desarrollar energías individuales en consonancia con un progreso positivo de la humanidad, constituyendo así la formación del carácter estudioso y reflexivo y por ende el convencimiento que es hijo de las mentes que desean elevarse al conocimiento y de los corazones que ven el mal viejo y lo odian, amando las aspiraciones nuevas que representan la tendencia al bien por la felicidad universal.

Para combatir las debilidades y prejuicios del individuo, es preciso saber propagar la idea libertaria, haciendo ver su grandiosidad a los que se interesan por ella, deseando asimilarse su potencia. Compréndase que si no se llega a la meta de sus esplendentes aspiraciones, se siente al menos la gran satisfacción de poseer una conciencia decidida y capaz de activar por la educación la práctica posible dentro del medio en que forzosamente nos desenvolvemos. De tal modo se generarán nuevas actividades, que irán siempre en aumento, conforme a los fines de la evolución humana, a menos que un cataclismo cualquiera no desbarate los más modestos planes del pensamiento humano.

En todo caso hagamos labor de hombres y no nos prestemos jamás voluntariamente a ser comparsas de las farsas sociales, en las que medran los torpes egoísmos. Tengamos presente la siguiente frase del gran Pi y Margall: *Yo soy federal, mi hijo será anarquista.*

Estas concisas palabras condensan el bello sentimiento humano, el deseo de cuantos trabajan por un porvenir feliz y libre; en ellos late la fórmula precisa de un progreso real que sigue su curso abriéndose paso a través de las necias preocupaciones de cuantos zafios pretenden encarrilar la vida por vías estrechas y tenebrosas.

Se deduce, pues, que el verdadero anarquista no es solamente utópico sino también práctico, para lo cual no precisa ser héroe o mártir sino poseer una firme voluntad, un corazón amante, un cuerpo robusto y una inteligencia clara para comprender los errores y aspirar tan sólo a ser mejores individuos.

Claro es que la idea anarquista no puede entrar en los débiles de bondad, ni en los que viven satisfechos con sus pasiones mezquinas, sin acordarse de los que sufren hambre de pan y de justicia, ni tampoco en los que temen perder la mísera pitanza que la glotonería les dispensa.

Solamente en los que desean luchar contra la organización de las tiranías puede caber el noble entusiasmo, y aunque en la práctica se encuentren con insuperables dificultades, no por eso se desalientan y se atienen al mal conocido, sino que su conciencia se proyecta más lejos, allá donde el ideal libertario forja los firmes caracteres que siguen su evolución sin vacilaciones y conforman sus actos a la expresión teórica del ansia de vivir una existencia completa, tal y como las demostraciones anarquistas pueden prepararla.

C. I.

El proceso de Benagalbón

Recientemente han sido indultados los condenados a muerte por el Consejo de guerra, a consecuencia de los sucesos de Benagalbón, de los cuales resultó muerto un cabo de la guardia civil.

Aunque no nos sumamos nunca a las peticiones de indulto ni cuando se trata de nosotros mismos, hemos visto con satisfacción que todos los elementos políticos y sociales han coincidido en la necesidad de arrancar tres víctimas al verdugo, entre las cuales había una mujer.

Y nos ha satisfecho este movimiento porque nos ha parecido ver en él el deseo de no sacrificar inútilmente la vida de nadie, lo cual tiene importancia en los actuales momentos en que millones de seres son sacrificados estérilmente.

Que no olviden lo que vale una vida los que en esta ocasión han salvado tres, si la borrachera guerrera invadiera el territorio español.

Y sobre todo, el guerrero Lerroux, que sabiendo cuánto se ha trabajado para salvar a los que se han de consumir en presidio, sepa que es un crimen sacrificar la vida de los que gozan de libertad.

Origen y evolución de la guerra

La matanza guerrera, siendo necesariamente la expresión de una mentalidad salvaje, sólo puede evaluarse dentro de límites muy estrechos. Por lo tanto, se transforma, como todo lo subsistente, en dos fases.

En la primera reviste un horrible caracter, no conocido hasta entre los animales más feroces que, por lo regular, no cazan a los seres de su misma especie para devorarlos.

Hacer de sus semejantes una caza, resulta un monstruoso exceso. Llamando animal a esta fase de la guerra, no hago más que injuriar a las bestias.

En la segunda fase evolutiva de la guerra, ya no se come al enemigo vencido, pero se alimenta contra él un odío atroz. Matarle no es lo suficiente, se siente una cierta voluptuosidad en mutilarlo, torturarlo, lo que será menos grosero, pero seguramente no deja de ser más cruel que degollarlo para alimentarse de él. Esto es la guerra salvaje. Con diferencia de detalle, lo mismo allí que acullá, se le ve aparecer dentro de la guerra llamada civilizada.

Las palabras "guerra y civilización" son dos rebuznos dentro de una misma necedad. La guerra civilizada, la nuestra, difiere de la salvaje, menos en el fondo que en la forma. Se aplica con grandes gastos y grandes penas en el invento de procedimientos ingeniosos para matar y mutilar al adversario a grandes distancias, repugnando torturarlo de cerca lentamente, con mortales puñaladas, a la manera de los Pieles Rojas. Sin la menor vacilación se exterminan millares de hombres por los medios más espantosos, pero a la sola idea de comerlos, uno se indigna, se experimenta un sentimiento de repugnancia, lo que, como dice Montaigne: "Hay en ello más barbarie en matar a un hombre, *que en asarlo y comerlo después que ha sido muerto*". Estas repugnancias no son lógicas, ellas indican que un sentimiento de humanidad, aunque vago y confuso, se ha despertado en la conciencia de los pueblos.

Pero la sangrienta locura de la guerra continúa y tiende a emborrachar casi a todo el género humano.

Un solo Estado, la China, tiene la guerra en mediana estima; una sola religión, el brahmanismo, se ha esforzado en atenuar sus horrores. *La Europa cristiana y con el nombre de civilizada, no ha llegado aún a ese grado.*

La guerra es el gran cuidado de los Gobiernos; es la gran pasión de los pueblos, y a pesar del pretendido antagonismo descubierto por H. Spencer entre la industria y la guerra, jamás las carnicerías guerreras han sido más espantosas que después del desarrollo del período industrial.

Roma guardaba su vasto imperio con unos 300.000 legionarios. La Europa moderna ha organizado para la guerra una población de quince a veinte millones de hombres y la *acción regresiva de la selección militar es ejercida en grande.*

Y sin vacilación alguna la religión llamada de paz y amor santifica estas matanzas. Los potentados nos hablan con mucha naturalidad del *Dios de los ejércitos*, que en esencia no se diferencia del Marte mexicano Huitzlilopotchi, al que se le ofrecían sin cesar corazones humanos, aun palpitantes, y después de una victoria, donde miles de hombres jóvenes habían sido cruel y estúpidamente asesinados, el incienso quemado despedía su perfume al mismo tiempo que los *tedeums* resonaban bajo las bóvedas de las catedrales.

Una minoría muy pequeña protesta contra este abominable estado de cosas, y la masa de las gentes reputadas de cuerdas lo tienen en muy poco aprecio. Se nos dice que la guerra es una escuela de abnegación. Bien fácil sería hallar otras mejores, donde no se segara tan estúpidamente la flor de la Humanidad.

Pero el salvaje instinto del asesinato guerrero tiene profundas raíces en el cerebro humano; ha sido cuidadosamente cultivado y encauzado desde miles de años.

Queda la esperanza de que una humanidad mejor que la nuestra, logrará corregirse de este vicio original. ¿Pero qué pensará ella entonces de esta civilización tan refinada de la que tan orgullosos hacemos ostentación? Poco más o menos lo que nosotros pensamos del antiguo Méjico y de su canibalismo piadoso, a la vez que guerrero y bestial.

CH. LETOURNEAU

Traducción de *L. Hommes.*

LA VIDA Y LA MUERTE

He aquí las dos grandes divisiones de la existencia humana, la resultante de las diversas fuerzas que nos trabajan, una por los procedimientos creadores, la otra por los de destrucción. Estas operaciones de vida y muerte presiden continuamente la armonía de nuestra organización, y si alguna de ellas se detiene viene el desequilibrio o la enfermedad. Nos gastamos y nos reparamos, destruímos y creamos células.

Esta verdad comprobada es lo mismo para el cuerpo que para la inteligencia; toda ley física ha sido reflexionada por una ley moral, lo mismo que todo cambio o modificación ideológica es la consecuencia de una modalidad cerebral. Por tanto, encontramos también en el mundo moral las dos fuerzas de construcción y de destrucción que se balancean, que se conocen con los nombres de fe y escepticismo y que son procedimientos intelectuales igualmente necesarios y precisos a toda vida humana lógicamente desarrollada. La muerte y el escepticismo son, pues, tan esenciales y venerables como la vida y la fe.

Lo mismo que la muerte proviene de la vida, ésta se renueva también por aquélla, y lo mismo que la duda se desprende de la afirmación, una fe nueva emana del escepticismo. Si se hubiese llegado a la verdad constante, afirmada, *fija,* el infinito de la naturaleza no se hubiera reconocido; pero el escepticismo impide la posibilidad de limitarnos, es la fuerza que la naturaleza nos ha dado para preservar el sentimiento del infinito. Mientras la vida reune, define y somete los elementos de nuestro ser, la muerte busca a dispersarlos, a darles su primera libertad.

Una parte del hombre lucha con esfuerzo y victoriosamente para conquistar la vida y la fe; otra parte despliega las mismas energías triunfadoras para morir y dudar. Y como ambas no se limitan a reemplazarse alternativamente, sino que proceden de un modo simultáneo durante toda nuestra existencia, la verdad y la mentira, la fe y el escepticismo son inseparables, mal que nos pese, en nuestra naturaleza moral y necesarias a la buena marcha intelectual.

Lejos de comprender el valor igual de los procedimientos destructores y escépticos y de los creadores y creyentes, se ha procurado siempre alejar el pensamiento y la simpatía de la muerte, o sea del elemento destructivo, tan inevitable y tan bello como el de la vida o construcción. Hasta que la ignorancia, el error y la limitación no sean proscritos de este mundo; hasta que la vida no exista por sí misma, sin estar ligada a la muerte de un modo indisoluble; hasta que, en fin, el hombre no tenga una organización diferente a la actual, cada pensamiento, cada sentimiento, cada acto físico y moral arrastrará tras sí el pecado, la destrucción o la imperfección. Y es preciso ver esta dualidad de la naturaleza si queremos que el deseo y el pensamiento estén en armonía con ella. Si excluímos la muerte de nuestra consideración; si pretendemos tener una vida, una virtud y una fe absolutas, la naturaleza se levantará contra nosotros; si impedimos la acción saludable de los agentes destructores, la enfermedad y el infortunio nos perseguirán; mas si, al contrario, reconocemos la belleza natural, comprenderemos bien pronto que las fuerzas que nos han repugnado son un glorioso privilegio y que sin ellas nuestra vida estaría despojada de todo cuanto la hace sublime. Por ellas, pues, podemos elevarnos al conocimiento de nuestra misteriosa existencia, y haciéndolas el objeto de nuestras simpatías, encontraremos la paz. Alejaremos el sufrimiento del error más común cuando comprendamos que el escepticismo no vale menos que la fe, que el entusiasmo pasional es tan necesario como la reflexión fría. En una palabra, que no hay privilegio para la porción espiritual de nuestro organismo y que la misma naturaleza propone a nuestra razón como un axioma que cuerpo y alma van unidos de un modo indisoluble.

Es verdad que la materia es imperecedera, que jamás pierde una sola de sus propiedades; pero cambia sus combinaciones siempre de un modo diferente. Aprendiendo a conocer más y más los maravillosos procedimientos de desarrollo y modificación material y espiritual, sin intentar separar lo que la naturaleza une, respetando siempre las leyes universales de inducción, podemos esperar a descubrir por el lado destructor nuestras verdaderas relaciones con el infinito. Esta investigación, que entraña el porvenir del individuo y la raza, ha sido alejada del buen sentido y resulta un texto muerto y estéril en medio de las demás ciencias que viven y se propagan. Abandonada a la autoridad y a lo que ha convenido en llamarse el instinto, sólo los religiosos, cuyas palabras nos parecen estúpidas y débiles y cuyas opiniones sobre el infinito son bien conocidas, aunque estén tan poco cimentadas sobre la razón o principios claros, han podido sacar de ella un provecho exclusivo. Sin embargo, la vida y la muerte, estos misterios indefinidos de la eternidad, continúan existiendo en el universo en completa armonía, en perfecta inteligencia, sin cuidarse de nuestras teorías, impenetrables a nuestra previsión. Casi todos los humanos se prosternan ante la vida y la fe; la inmensa mayoría mira con horror la muerte y el escepticismo. Y haciéndolo así, no queriendo buscar la comprensión de las leyes naturales, no osando mirar de frente la vida completa, la humanidad pierde inmensamente conocimientos, potencia y dicha.

***

Inspirados en estos lógicos razonamientos, en esta corrección del pensamiento, que hemos traducido de la notable obra *Elementos de Ciencia Social,* encontramos un parangón para combatir las exageraciones del individualismo, que a todo evento pretende negar las construcciones ideológicas del anarquismo. Estamos ante el dilema de la imposibilidad de realizar la felicidad universal, y como el individuo no puede vivir fuera de la sociedad a no ser que se convierta en un misántropo o en un anacoreta, de aquí la fuerza que le obliga a pensar, no sólo en su perfección, sino también en la de sus semejantes. Comprendamos que el individuo pasa, que la sociedad perdura y cambia. El individuo es a la muerte, a la destrucción y al escepticismo como la sociedad es a la vida, a la construcción y al ideal de fe. ¿Quiere esta premisa decir que se ha de respetar la creencia, que se ha de dogmatizar sobre las formas probables del porvenir? Muy al contrario; y tan absurdo es a la Anarquía negar al individuo como negar a la sociedad, y ninguno que sepa discernir el valor de los hechos puede ver en la dependencia de éstos arbitrariedad autoritaria. Es un error creer que los sistemas sociales son definitivos y pueden subsistir por sí solos. Son precisamente los